

Su inquieto humor y la necesidad de hablar que le punzaba le hicieron salir de este retiro, en 1318, para desafiar nuevos peligros. La orden de San Francisco se mostraba entonces dividida. Bernardo Delicieux pertenecía, naturalmente, al partido de los más rígidos: el de los espirituales (1). Los espirituales de los conventos de Narbona y Beziers le escogieron para protestar ante el papa Juan XXII contra sus adversarios, que les amenazaban con nuevas «tribulaciones.» El 22 de mayo de 1318, por la tarde, llegó escoltado de sesenta y cuatro religiosos al umbral del palacio pontificio de Aviñón. La hora de las audiencias había transcurrido. En lugar de retirarse, aguardó toda la noche, ante las puertas, la aurora del siguiente día. Al llegar éste, el papa, ofendido por esta actitud y por las relaciones de los que le rodeaban, le hizo detener. El requisitorio de los comisarios designados por Juan XXII para instruir en este proceso tan bruscamente renovado, descansaba en tres puntos: Bernardo había sublevado el Langüedoc contra la Inquisición; había conspirado contra el rey de Francia con el infante de Mallorca; finalmente, había hecho envenenar al papa Benedicto XI.

Sobre el primer punto de su acusación Bernardo Delicieux renunció á negar; expresó, por lo contrario, la pena de no haber podido, á pesar de sus esfuerzos, acabar con la tiranía dominicana. Sobre el segundo punto le arrancó la tortura confesiones, y trató de favorecerse de las circunstancias atenuantes. En cuanto al tercero, negó con indignación, y la tortura no llegó á quebrantarlo. El papa Benedicto XI, de la orden de Santo Domingo, había sido el protector de la Inquisición. Y cuando la nueva de su muerte, acaecida el 6 de julio de 1304, se había conocido en el Langüedoc, Bernardo, en lo álgido de su campaña tribunicia, había hablado de ella con toda libertad (*cum derisionibus*). Pero he aquí que se le acusa ahora de haber enviado por esta fecha á la corte romana á maese Arnaldo de Villanueva, médico del papa, polvos y pociones; de haber predicho la muerte de Benedicto, y de haber consultado «un libro en que había multitud de ruedas circundadas de diversas escrituras.» Tal fué su firmeza, que los comisarios pontificios renunciaron á condenarle en razón de asesinato. Por lo demás, bastaba con las otras acusaciones. Como enemigo de la Inquisición, traidor á su rey y nigromante, fué entregado á una comisión presidida por el arzobispo de Tolosa, degradado y condenado á la *in pace* perpetua. El procurador del rey en la senescalía de Carcasona, escandalizado de la excesiva dulzura de los jueces, protestó. En primer lugar, los jueces no tenían derecho, según él, de abandonar la acusación de envenenamiento, so pretexto de carecer de pruebas; en segundo lugar, habían ofendido al rey sus trayendo á su vindicta un individuo que «*si natura conditio pateretur*, merecía ciertamente haber sido muerto más de una vez.»

II.—La cuestión de Guichard de Troyes (2)

Un cierto Guichard, al principio prior de Saint-Ayoul de Provins, después abad de Montier-la-Celle, se había hecho el consejero familiar de Blanca, reina viuda

(1) Libro III, capítulo III, párrafo III.

(2) A. Rigault, *Le procès de Guichard, évêque de Troyes*, 1896.

de Navarra, y de su hija Juana, heredera de Champaña y Navarra, mujer de Felipe *el Hermoso*. Fué nombrado en 1298 obispo de Troyes. Poco tiempo después cayó en desgracia para con sus protectoras. Un lombardo, Noffo Dei, y el archidiácono de Vendome, Simón Festu, otro clérigo familiar de las reinas, le acusaron de considerables «enormidades,» principalmente de haber ayudado á un cobrador de las rentas de la señora Blanca en Champaña á huir á Italia. Blanca murió el 2 de mayo de 1302, pero Juana había heredado los sentimientos de su madre, porque el requisitorio abierto contra Guichard no sufrió interrupción. Las dos partes, Juana y el obispo, parecían haber intrigado vivamente una contra otra en la corte de Francia y en Roma durante largo tiempo. En agosto de 1304 se estableció un acuerdo por mediación del arzobispo de Sens: Guichard de Troyes se comprometía á pagar 40.000 libras.

En la primavera del año siguiente la reina de Francia cayó súbitamente enferma, y murió en el castillo de Vincennes á la edad de treinta y dos años.

Sin embargo, la cuestión estaba apenas iniciada. Guichard, hombre de carnes, bajo y sanguíneo, de nariz roma, colérico y brutal, se había suscitado, ignórase cómo, encarnizados enemigos. Sus enemigos eran de la casa de Luis, rey de Navarra, hijo mayor de Felipe *el Hermoso* y de la reina Juana, el futuro Luis X. No le perdonaron nunca. Por el mes de febrero de 1308 el eremita de la ermita de Saint Flavit de Villemaur llegaba á Sens. Venía huyendo de la diócesis de Troyes, donde ya no se estaba, según él, con seguridad. Dió al bailío real de Sens, Guillermo de Hangest, las siguientes informaciones: había visto en su ermita al obispo de Troyes, disfrazado de campesino, trabajar de noche con una bruja del país en misteriosas obras, por la época en que murió la reina. El dicho obispo le había querido forzar á envenenar á monseñor Carlos de Valois, el joven rey de Navarra, y á su hermano. Estas denuncias fueron transmitidas al rey, que requirió al papa para que se abriera un proceso. Clemente V acababa de consentir en los procedimientos contra el Temple; consintió, por lo mismo, con toda facilidad en proceder contra el obispo. «Ha llegado á nuestro oído, escribía en 9 de agosto al arzobispo de Sens y á los obispos de Orleans y de Auxerre, que nuestro venerable hermano el obispo de Troyes (si tal vez merece que le llamemos así) se ha abandonado á obras condenables y dignas de execración... No podemos ni debemos disimular tamaños crímenes.» El obispo se hallaba entonces en Saint-Hilaire, cerca de Pont-sur-Seine. Fué conducido á la prisión arzobispal de Sens, y luego, violando todos los privilegios eclesiásticos, al Louvre.

El bailío de Sens estableció desde luego un requerimiento con veintiocho artículos ó bases de acusación, cuyo resumen es como sigue: Guichard se había jactado muchas veces de volver á la gracia de doña Juana ó que «se libraría de ella.» Para lograrlo, después de rendir homenaje al diablo en compañía de una bruja y de una monja versadas en estas materias, había fabricado una imagen de cera y la había atravesado á alfilerazos: por lo que había muerto la reina, á pesar del arte de

Consultése *Historisches Jahrbuch*, 1897, pág. 629, y G. Paris, *Un procès criminel sous Philippe le Bel*, en la *Revue du Palais*, agosto de 1898.

los médicos. Más tarde había compuesto una pócima con culebras, escorpiones, sapos y arañas venenosos. Había indicado al ermitaño susodicho la manera de administrarlo á los príncipes de la sangre. La apertura del requerimiento fué precedida, el domingo 6 de octubre, de una reunión del pueblo y los clérigos en el jardín del rey, al extremo de la Cité, en París, donde se predicó por orden contra Guichard, como se había predicado ya contra Bonifacio y contra los templarios.

El obispo, que, como los templarios, compareció ante los comisarios pontificios en Santa Genoveva de París, negó todo, menos que conociera al ermitaño de Saint-Flavit y que lo había reclamado á la oficialidad de Sens para castigarle por delitos cometidos en la diócesis de Troyes. Pero las deposiciones de los testigos fueron ex-



Moneda de Juana de Navarra, mujer de Felipe *el Hermoso*

plicitas y concordes. Marguerona de Bellevallette, la bruja, depuso que había visto al diablo bajo la forma de un monje negro, con cuernos en la frente y grandes alas, hablar al acusado. Su criado, Lorin, le había visto salir en secreto por la noche, en la época en que el ermitaño aseguraba que le había visto desde su ermita. Y todos estos testigos juraban decir la verdad sin coacción. Las gentes del rey, además, habían advertido á Marguerona, en la prisión en que se hallaba, que era preciso confesar la verdad de grado ó por fuerza. Y como Lorin había declarado en un principio que no había visto salir á su señor durante la noche, el bailío de Sens le había hecho suspender en el aire, desnudo, por los cuatro miembros, de anillas empotradas en las paredes.

Pero la acusación se había reservado el especificar «multitud de otros crímenes enormes y sacrilegios.» Nuevos «artículos» se prepararon, en efecto, para someterlos á «monseñor Guillermo de Nogaret.» Es muy fácil probar, según el autor de estos artículos, que «Casiano el Lombardo,» florentino, en otro tiempo farmacéutico y luego «escribano» en París, en casa de Biche y Mouche, en la calle *aux Bourdenais*, fabricó el veneno que mató á doña Blanca en 1302, á petición del obispo de Troyes y de Tenaille, sobrino de Mouche; que el obispo tuvo un hijo de una monja, y que habiéndose negado un sacerdote á bautizar el niño sin conocer el nombre del padre, Guichard hizo dar muerte á este sacerdote; que es usurero; que entró á saco en la Champaña cuando gozaba de la confianza de las reinas; que durante toda su vida había sido sodomita, y que para ocultar este pecado había mantenido siempre una querida; que hizo hacer á un notario, su criado, multitud de falsos instrumentos en los que eran difamados el rey y la reina muerta, etc. En diciembre tres personas, entre las que se hallaba «Noffo Dei, de Florencia,» recogían secretamente en Troyes testimonios sobre todos estos puntos y además sobre los que siguen: «Si el obispo era bugre é incrédulo, y si cuando decía misa escupía el Cuerpo de Cristo.» En París el archidiácono de Vendome, que en el ínterin había llegado á ser obispo de Meaux, Engue-

rrando de Marigny, Ricardo Leneveu, obispo de Beziers, y fray Durán, confesor de la reina muerta, enemigos particulares de Guichard, alma de la intriga, se contaban entre el número de los testigos seguros.

Antes de que se presentaran á los comisarios del papa los nuevos artículos, Nogaret los revisó, y se hace constar que la denuncia definitiva está falta de muchos cargos inéditos: «El obispo Guichard no es un hombre; su madre Inés lo concibió de un demonio súcubo que la infestó; envenenó á su predecesor en el priorado de Saint-Ayoul de Provins; cuando era prior de Saint-Ayoul, un día que se descalzaba la capucha, salió de ella una turba de demonios; por aquel tiempo azotaba en público á su concubina, y tenía á su servicio rufoyanes que dieron muerte á muchas personas. Abad de Montier-la-Celle, hizo ahorcar ó morir de hambre á pobres gentes por causas insignificantes. Hizo operaciones á plazo en compañía con los comerciantes de las ferias de Champaña. Cargó embusteramente á ciertas gentes de su diócesis con el crimen de herejía ó sortilegio, para hacerles prestar fianza. Es monedero falso y fabrica dinero por alquimia. Ha hecho asesinar á un canónigo de San Esteban de Troyes, que iba á la corte de Roma, de orden de la reina muerta, para acusarle.» Más tarde se produjeron aún diez acusaciones más del mismo género, recogidas también entre los rumores de los pueblos en que había estado.

La actitud del acusado bajo esta avalancha de excrementos de que era entonces costumbre abrumar al que



Sello de Enguerrando de Marigni

se quería perder, fué análoga á la de los templarios. Discutió punto por punto la forma del proceso: en el fondo reconoció que se había tratado de demonios súcubos en casa de su madre, pero después de su nacimiento; que había tenido á su servicio gentes acusadas de asesinato; que había recibido una gratificación por un hecho de herejía no plenamente probado, y que había intentado fabricar dinero, lo que le había perjudicado en vez de beneficiarle. Negó todo lo demás. Entonces se procedió al examen de pruebas. Ninguna prueba escrita, sino una carta de Guichard á su buen amigo Casiano de Florencia á propósito de los preparativos de la muerte de doña Blanca: prueba decisiva si fuera auténtica, pero que presenta todos los caracteres de una grosera impostura. Esta carta (que todavía existe en el

«Tesoro de las cartas de Francia») fué presentada en 2 de mayo de 1309 á la vista del acusado: se le hizo ver el sello, sin permitirle que la abriera y sin decirle el contenido. Reconoció la marca de su contrasello. En cuanto á las pruebas orales que, según las reglas canónicas, no se comunicaron al acusado, más de doscientos testigos depusieron cargos. Trátase de sirvientes del obispo, de clérigos de la diócesis de Troyes, de lombardos y de enemigos, ya nombrados, del acusado. Sus deposiciones son muy detalladas, muy interesantes para la historia de las costumbres, pero no prueban nada. Después de leerlas se adquiere el convencimiento de que el obispo Guichard era, en lo moral como en lo físico, un personaje brutal, ávido y sin vergüenza. Abofeteaba á Jacoba, su querida, mujer de un carnicero de Provenza, y hacía apalear á los que hablaban mal de ella. Estaba en relaciones de negocios con los cambistas italianos, los Buonsignori, los Cavassolle y los Pulci, y de esas especulaciones provenían sus riquezas: lo que, por lo demás, fué uno de los motivos indudables de su desgracia. Vendía la justicia eclesiástica, así como la tonsura y las órdenes. Maltrataba á sus clérigos, y cuando se ponía colérico se lanzaba á su garganta. Probablemente dijo intemperantes expresiones acerca de la reina. En resumen: no era mejor que muchos otros cuyas torpezas no quiso el azar que se recogieran y juzgaran con tanto esmero. Pero que mantuviera un demonio privado en una botella de cristal y que hubiera hechizado ó envenenado nunca á nadie, es lo que no bastan á poner en claro los relatos del ermitaño de Saint-Flavit y de los lombardos, garantes de Noffo Dei.

Guichard no fué tratado con rigor como Bernardo Saisset en 1302 y Bernardo Delicieux en 1304. Le fué beneficioso el que su asunto era relativamente poco importante, y puede muy bien ser que, como el proceso duró mucho tiempo, la muerte le fuera librando de alguno de sus enemigos. Parece que Noffo Dei fué condenado á la horca «por un crimen», y que antes de morir reconoció la inocencia del obispo. En 1313 Guichard estaba detenido en la corte de Aviñón, es decir, encarcelado. Al año siguiente estaba libre y se le transfería á la sede de Diakovar, en Bosnia, que no llegó á ocupar. El fin de su vida es oscuro.

El público no supo del proceso más que lo que los abogados del rey dijeron al auditorio reunido el 6 de octubre de 1308 en el jardín de la Cité, en París. Es verosímil que se manifestaran dos tendencias, faltando como faltaban toda clase de elementos positivos de apreciación: una en favor suyo y otra contra él. Pero todos los cronistas que expresaron sus juicios son de los que no creían en los crímenes de Guichard. «Se le han hecho grandes cargos, yo no sé si con razón, dice prudentemente Godofredo de París. Juan de Saint-Víctor atribuye este escándalo á la malquerencia. Un clérigo de Troyes, autor de una novela de *Renart*, que escribió en 1322, cuenta exactamente el asunto y dice que el papa estaba convencido de la inocencia del acusado, desde que tuvo noticia del requerimiento.» Se podrá creer sin dificultad: la opinión pública fué en Troyes siempre favorable al obispo. Al revés, los historiadores modernos casi siempre han prestado fe más ó menos á las acusaciones del tribunal del que Simón Festu parece haber sido alma. Han colocado el caso de Guichard

entre el número de los crímenes «espantosos y raros,» ó han declarado, por lo menos, que no se da humo sin fuego. Pues bien: este asunto es instructivo; pero no descubriendo los crímenes espantosos de un obispo, sino testimoniando una vez más el modo de proceder del gobierno real.

III.—Las nueras del rey

El asunto de Guichard de Troyes es claro porque poseemos la documentación. Pero el escándalo espantoso que estalló en 1214 en la corte de Francia permanecerá envuelto siempre en el misterio, porque no sabemos por los cronistas más que lo que supo ó creyó saber el público del tiempo. La tradición ha trabajado, por lo demás, durante los siglos en desfigurar y oscurecer esta aventura, tan propia para conmovir al populacho, ya que se trata de princesas, de adulterio y de sangre. Margarita de Borgoña, Gualtero de Aunai, Buridán, las orgías de la torre de Nesle: he aquí, con la leyenda de Eloísa y Abelardo, los nombres y episodios hoy más conocidos, en los arrabales, de la historia de la Edad media.

Gaillardet y Alejandro Dumas han dado á la leyenda de la torre de Nesle, en 1832, su forma actual, en que los incestos y los asesinatos fantásticos se acumulan, en conformidad con el gusto romántico (1). Existen versiones más antiguas. Un profesor de la Universidad de Leipzig recogió en 1471 las que circulaban por París en los tiempos en que Villón decía:

*Semblablement ou est la royne
Qui commanda que Buridan
Fust gecté en ung sac en Saine? (2)*

Buridán, dice en substancia, había sido en otro tiempo un renombrado profesor de la Universidad de París. Lo mejor que hizo fué revelar las artimañas de una mujer desvergonzada. Existía en esta época una reina de Francia ó de Navarra (*Navarra nomine*) que atraía á su casa á los estudiantes y les hacía matar. Gozóse con Buridan durante tres días, y después le advirtió que iba á ser, como sus predecesores, arrojado al Sena; pero Buridan se había entendido con sus discípulos para que condujeran bajo la ventana de las ejecuciones nocturnas una barca cargada de heno; dejóse caer sobre el heno mientras la tripulación de la barca arrojaba una piedra al agua. A fines del siglo xv la leyenda se veía reducida, por consiguiente, á sus trazos esenciales: había existido en otro tiempo en Francia una reina, ogra obscena, comedora de hombres, á la cual Buridan, el grave filósofo nominalista, había jugado una buena treta en su juventud. ¿De qué reina se trataba? Querían unos que fuera Juana de Champaña, mujer de Felipe *el Hermoso*, muerta en 1305; otros, Margarita de Borgoña, mujer de Luis *el Tercero*, y otros, finalmente, Juana de Borgo-

(1) Los novelistas y dramaturgos románticos han considerado sujeto de predilección la historia del final del siglo XIII y primeros años del XIV. En las bibliografías de los románticos se encontrará la indicación de una multitud de novelas, dramas y óperas sobre María de Brabante, Pedro de la Broce, los templarios, Enguerrando de Marigni, etc. Todavía se escriben hoy en día.
(2) «Asimismo, ¿dónde está la reina que ordenó que Buridan fuese arrojado en un saco al Sena?»

ña, mujer de Felipe *el Magnánimo*. Se colocaba, en general, en la torre de Nesle, que se conservó hasta la segunda mitad del siglo XVII, frente al Louvre, en la ribera izquierda del Sena, el teatro de los acontecimientos.

Los cronistas de comienzos del siglo XIV no hablan ni de Buridán, ni de la torre de Nesle, ni de hombres arrojados al agua. Coinciden contando brevemente lo que sigue. En los comienzos del año 1314, Felipe *el Hermoso*, hallándose en Maubuisson, dió orden de detener á sus tres nueras: Margarita, hija del duque Roberto II de Borgoña, que había casado con Luis *el Tercero* en 1305; Juana, hija de Otón, conde palatino de Borgoña, y de la condesa Mahaut de Artois, que casó con Felipe

este detalle añaden que la primera que tuvo conocimiento de los amores de Blanca y Margarita y que los denunció fué la reina de Inglaterra. La reina Isabel de Inglaterra, hija de Felipe *el Hermoso*, dice una de las crónicas, había regalado dos bolsas muy hermosas, una á la mujer de Luis *el Tercero* y otra á la mujer de Carlos de la Marche. Maravillóse extraordinariamente de verlas algún tiempo después en el cinto de dos caballeros, Felipe y Gualtero de Aunai: calló, pero comunicó el hecho al rey su padre, quien hizo vigilar á sus nueras.

Isabel, hija de Felipe *el Hermoso*, había casado en 1308 con Eduardo II, rey de Inglaterra. No contaba



Felipe *el Hermoso* y sus familiares. (De un manuscrito de la Biblioteca Nacional, París.)

el Magnánimo en 1307, y Blanca, hermana de Juana, que de edad de unos doce años había casado con Carlos de la Marche *el Hermoso* en 1308. Margarita y Blanca fueron encerradas en Gateau-Gaillard, cerca de los Andelys, y Juana en el castillo de Dourdan. Hizo publicar que Margarita y Blanca habían sido sorprendidas en flagrante delito de relaciones ilegítimas con dos caballeros del palacio real; en cuanto á Juana, conocía, según se dijo, la doble intriga de las culpables, de Felipe con Margarita y de Gualtero con Blanca, y su único crimen consistía en no haberles denunciado. Preguntados en abril, ambos caballeros confesaron: tenfese entonces un modo de preguntar que hubiera hecho traición á la prudencia de todo galante caballero. Confesaron que su intimidad con las princesas duraba «hacia tres años.» Como consecuencia fueron despedazados vivos en la plaza de Martrai, en Pontoise, despedazados, castrados, decapitados y colgados en la horca pública. Se sabe además que sus bienes fueron confiscados. El ujier que había favorecido las entrevistas criminales, muchos nobles y villanos de ambos sexos que estaban complicados, fueron, dice un cronista hablando del asunto, ahogados ó despachados en secreto. Algunos se libertaron, y principalmente un hermano predicador, acusado de haber auxiliado «con filtros» á los culpables. Fué encerrado, según unos, en la cárcel de su orden en París; según otros, entregado al papa. Tal es el rela-

entonces diez y seis años todavía, pero tenía ya aquel carácter activo, altanero y violento que hace de ella una de las figuras más trágicas de la historia inglesa. Acordóse rápidamente con los barones de Inglaterra para combatir al favorito de su marido, Pedro de Gabastón, y se quejó secretamente á su padre de los sentimientos demasiado afectuosos del rey por ese hombre. En el mes de mayo de 1313—madre ya de su primer nacido, el futuro Eduardo III, que heredó de ella sus famosos derechos á la corona de Francia—acompañó á Eduardo II en un viaje que hizo éste á París, para cumplir con sus deberes feudales, en calidad de duque de Guena. Celebráronse con esta ocasión fiestas magníficas que el buen Godofredo de París describe con toda complacencia. Isabel, en todo el esplendor de su belleza, ocupa en ellas el primer lugar.

*Onques Anglois tele ne ot
Come la bele Isabelot...
Hardiement bien dire ose
Que c'est des plus beles la rose,
Le lis, la flor et l'ejemplaire... (1)*

Después de semejantes regocijos, las dos cortes se trasladaron á Pontoise. Allí, durante la noche, se pren-

(1) «Jamás hubo inglesa semejante á la bella Isabel... Bien puede decirse osadamente que es la rosa, el lirio, la flor y el ejemplar de las más hermosas...»